



Vida Útil

**Herrera Julieta*



Hay algo profundamente absurdo —y, por momentos, cruel— en la manera en que organizamos la vida. Durante décadas se empuja a las personas a acumular: títulos, experiencia, horas de trabajo, productividad, disciplina. Se mide el valor en función de lo que se hace, de cuánto se produce, cuán lejos se llega. Y sin embargo, llegado cierto punto, todo ese recorrido parece entrar en una zona gris donde deja de importar.

No se pierde: lo desactivan.

La escena no es explícita, pero es constante. Personas mayores que sienten la necesidad de aclarar que todavía pueden, que todavía entienden y tienen algo para aportar. Como si la edad fuera una sospecha, y cada año sumado exigiera una justificación adicional.

En ese contexto, Parque Lezama no es simplemente una película: es una intervención. Una que incomoda porque no exagera. Porque no construye una ficción lejana, sino que toma algo demasiado real y lo deja expuesto, casi sin mediaciones.



Dos hombres mayores, un banco, conversaciones que oscilan entre la memoria, la invención y la discusión. Nada extraordinario. Y, sin embargo, ahí se condensa una de las tensiones más silenciosas de la sociedad contemporánea: la lucha por no ser descartado. Porque eso es, en el fondo, lo que está en juego.

La película trabaja la vejez no como etapa, sino como desplazamiento. No como continuidad, sino como margen. Los personajes no están “cerrando una vida”, están tratando de no ser corridos de ella. Y lo hacen con lo único que tienen a mano: la palabra, el recuerdo, la insistencia.

Insistir en existir.

Pero esa insistencia no aparece en el vacío. Aparece en un contexto donde los datos —fríos, duros— terminan de completar la escena. En Argentina hay más de 6 millones de jubilados dentro del sistema principal, y si se suman todos los regímenes, la cifra asciende a unos 7,4 millones de personas: casi el 16% de la población. Es decir, no se trata de una minoría marginal, sino de un sector estructural de la sociedad.

Sin embargo, ese peso demográfico no se traduce en centralidad política ni en condiciones de vida dignas. Más del 60% de los jubilados cobra el haber mínimo. Y ese ingreso —incluso con bonos— queda muy por debajo de lo necesario para sostener gastos básicos. La consecuencia es directa: en apenas un año, la pobreza entre los mayores de 65 años pasó de 13,2% a más del 30%. Dicho de otra manera: uno de cada tres jubilados es pobre en Argentina. No es una metáfora. Es una proporción.



Y cuando la pobreza se vuelve estructural, la jubilación deja de ser retiro para convertirse en otra cosa: una forma de precariedad diferida. Muchos jubilados siguen trabajando. No como elección, sino como necesidad. Otros reducen gastos esenciales. Algunos dejan de comprar medicamentos. La expresión “crisis humanitaria”, utilizada en informes recientes, no es retórica exagerada: describe una situación donde el sistema ya no garantiza lo mínimo.

En ese escenario, la pregunta sobre el sentido de la vida productiva se vuelve inevitable.

¿Para qué se construye una trayectoria si no hay garantía de sostenerla? ¿Qué significa “progreso” cuando al final del recorrido todo es caída? ¿Qué tipo de contrato social es aquel que exige todo durante décadas y devuelve tan poco cuando ya no se puede sostener ese ritmo?

Parque Lezama no responde estas preguntas. Pero las hace visibles.

Y lo hace, además, incorporando otra dimensión que suele aparecer diluida en el discurso público: la inseguridad como límite concreto a la autonomía. El hecho de que Antonio -personaje interpretado por Eduardo Blanco- necesite pagarle a alguien para que lo acompañe a salir del parque no es un detalle narrativo menor. Es una síntesis.

El espacio público deja de ser un derecho universal y se convierte en un territorio condicionado. Y esa condición no es igual para todos. La edad, en ese contexto, pesa.



Menos velocidad, menos fuerza, más vulnerabilidad. Pero también menos respaldo. Porque la inseguridad no es solo un problema de delito: es un problema de diseño social. De qué cuerpos están contemplados y cuáles no. La ciudad, como el sistema, no está pensada para todos por igual. Y sin embargo, incluso en ese escenario, la película insiste en la resistencia.

Los personajes de Luis Brandoni y Eduardo Blanco no aceptan del todo el lugar que se les asigna. Discuten, exageran, mienten si hace falta. Se inventan versiones mejores de sí mismos. Hay en ellos una lucha que no es épica, pero sí profundamente política: la lucha por seguir siendo visibles. Porque lo que está en juego no es solo la economía. Es el reconocimiento.

La idea de que una persona puede volverse “prescindible” no aparece de un día para el otro. Se construye. Se naturaliza. Se incorpora al sentido común. Y cuando eso sucede, el descarte deja de ser una excepción para convertirse en regla. La vejez, entonces, deja de ser una etapa vital para transformarse en una categoría social incómoda. Algo que hay que gestionar, contener, reducir.

Y ahí es donde la ironía alcanza su punto más alto.

Porque el mismo sistema que hoy empuja a los jóvenes a hacer más —más cursos, más trabajos, más experiencias, más formación— es el que mañana les va a pedir que se corran. Que bajen el ritmo. Que acepten menos. Que se adapten a una vida más chica.

Como si todo lo anterior no hubiera sido relevante, sino apenas una antesala descartable. Como si el esfuerzo tuviera fecha de vencimiento.



En ese sentido, la desfinanciación de las políticas para adultos mayores no es - como ya mencioné- solo un problema económico. Es una definición de prioridades. Es decidir qué vidas se sostienen y cuáles se dejan caer. Y las consecuencias no son abstractas. Son cotidianas.

Son jubilados que hacen cuentas para comprar comida. Decisiones entre medicamentos y servicios. Familias que absorben lo que el Estado deja de cubrir. Personas que, después de haber trabajado toda su vida, tienen que volver a demostrar que todavía valen algo.

Parque Lezama no ofrece soluciones. Pero deja algo claro: la vejez no es el problema. El problema es una sociedad que no sabe qué hacer con ella. O peor: que cree que sí lo sabe.

Entonces, la figura de Luis Brandoni deja de ser solo la de un actor.

Su muerte no sólo significa la pérdida de un intérprete central en el cine, el teatro y la televisión argentina. Es también el cierre de una trayectoria que nunca se detuvo.

No fue únicamente un protagonista de ficción. Fue parte de una generación que marcó la cultura argentina, con trabajos emblemáticos como *La Patagonia rebelde*, *Esperando la carroza* o *Mi obra maestra*, y con una presencia constante sobre los escenarios teatrales. Pero también fue una figura política: militante histórico de la Unión Cívica Radical, diputado nacional durante la recuperación democrática, y una voz que nunca se retiró del debate público.



VIDA ÚTIL

Brandoni trabajó hasta el final. Opinó hasta el final. Discutió hasta el final.

En un país donde jubilarse muchas veces implica desaparecer un poco, él hizo exactamente lo contrario. Y tal vez por eso su última imagen —inevitablemente asociada a ese banco en Parque Lezama— no funciona como despedida, sino como advertencia.

No tanto sobre la vejez en sí. Sino sobre cómo tratamos a quienes llegan a ella.

